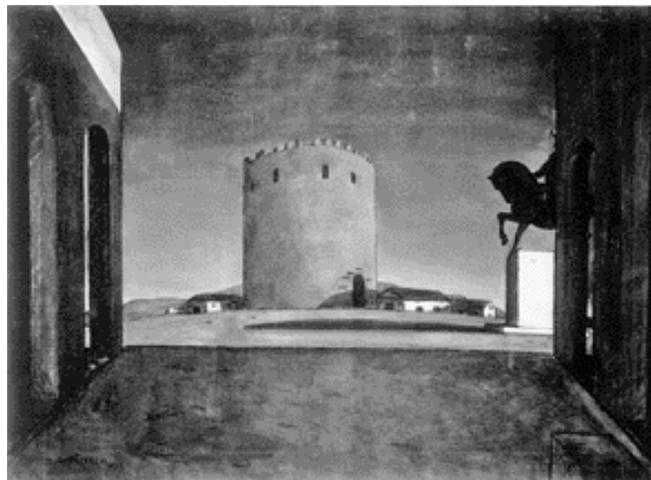


Agorafobia espiritual

José Gordon



Giorgio de Chirico, *El enigma de la llegada y la tarde*, 1911



Giorgio de Chirico, *La torre roja*, 1913

¿Dónde se ubica lo que denominamos nuestro ser, el yo, el alma? Hay quien dice que la mente no existe, es como un fantasma dentro de la máquina, más bien se trata de un “error en nuestras categorías” o algo así como una confusión en los niveles de explicación.

No obstante, tenemos la impresión de que nuestro yo anda por algún lado de nuestro cuerpo. Usualmente se le ubica en el área de la cabeza. Si nos forzamos un poco responderemos que también abarca al corazón y al área superior de la fisiología. El físico Erwin Schrödinger decía que solemos ubicar a la conciencia dentro de la cabeza a unos cuantos centímetros tras los ojos.

De hecho, si lo pensamos bien, no somos tan sólo conscientes con la corteza cerebral. Los receptores de neurotransmisores o “moléculas comunicadoras” no existen nada más en las neuronas; también se encuentran en las células del sistema inmune denominadas monocitos. Dado que éstos circulan por todo el cuerpo se puede pensar que son como neuronas viajeras que traducen los impulsos mentales en reacciones fisiológi-

cas. Los investigadores también han descubierto neuropéptidos y a sus receptores en órganos tales como el intestino, los riñones y el estómago. De esta forma, la mente parece no estar confinada en el cerebro y sus neuronas.

El doctor Oliver Sacks, dice que el organismo es una unidad funcional y que, por lo tanto, somos conscientes con la totalidad de nuestro ser. Pero va más lejos. No tan sólo nosotros somos conscientes. No se puede pensar que el origen de la conciencia descansa únicamente en la fisiología. El doctor Sacks señala que nuestra conciencia:

Es como una llama o como una fuente que surge de profundidades infinitas. Nosotros la transmitimos y transfiguramos pero no somos la causa primera. Somos canales o embudos para aquello que está más allá de nosotros. Al final de cuentas somos el espejo de la naturaleza que nos creó. La naturaleza adquiere conciencia de sí misma a través de nosotros.

¿Cómo podría de otra forma el sol cantar la gloria del sol? George Wald, Premio Nobel de Fisiología en 1967, expresaba una idea similar de la siguiente manera:

Los físicos son el instrumento que tienen los átomos para que los átomos puedan conocerse a sí mismos.

Octavio Paz, por su parte escribía en *Piedra de Sol*:

Puerta del ser: abre tu ser, despierta, aprende a ser también, labra tu cara, trabaja tus facciones, ten un rostro para mirar mi rostro y que te mire, para mirar la vida hasta la muerte, rostro de mar, de pan, de roca y fuente, manantial que disuelve nuestros rostros en el rostro sin nombre, el ser sin rostro, indecible presencia de presencias...

Todo se correlaciona para la expresión de la conciencia. Somos conscientes con la totalidad de la existencia: átomos, células,

piedras, flores, arenas, genes, rostros, historias pasadas se han ido relacionando y confluyen en la experiencia de este instante de conciencia.

No obstante, aunque la física y la poesía nos permiten vislumbrar un nivel de correlación infinita, nuestra percepción no está a la altura del intelecto y de la intuición. Lo que percibimos es fragmentario y en esos fragmentos se nos pierde, entre otras cosas, el alma. La conciencia del experimentador se nubla, la atención se vuelca en las percepciones externas y en ese movimiento perdemos nuestra interioridad.

¿DÓNDE SE LOCALIZA LA CONCIENCIA?

“Yo soy yo y mis circunstancias” decía Ortega y Gasset. Conocemos quizás algunas circunstancias, incluso un mundo de conceptos, ideas, historia y lenguaje, con los cuales identificamos nuestro ser, pero ello es tan sólo una parte de la ecuación: las circunstancias. ¿Dónde está el yo?

Ciertamente, se expresa mediante neuronas, pero no es nada más neuronas, se expresa en nuestro cuerpo, pero no somos únicamente cuerpo, se expresa en nuestra actividad, pero ésta no nos alcanza a definir por completo.

Las circunstancias cambian, los pensamientos cambian, lo que creemos ser muere a cada instante; la vida, a la manera de Górotzka, es una muerte sin fin. Todo aquello con lo que nos identificamos, personas, objetos, paisajes, ideas, es como agua que se escurre entre los dedos. De ahí que se diga desde el Eclesiastés: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”.

Al acostumbrarnos a la percepción fragmentaria desterramos la posibilidad del infinito. El doctor Larrey Dossey denomina a esta situación agorafobia espiritual. La agorafobia es el temor a los espacios abier-



Giorgio de Chirico, *Soledad*, 1912

tos. En términos espirituales sería el miedo de romper los límites ya que nos sentimos más seguros cuando la mente está confinada en las circunstancias usuales del cerebro y el cuerpo individuales. A través de la historia hay reportes de personas que atraviesan la barrera del *maya*, del velo de la materia. Estas experiencias no anulan, como se suele creer, el amor a lo relativo. Le añaden una dimensión más profunda: la experiencia del alma, del yo, más allá del tiempo y del espacio. La experiencia de algo que nunca cambia y nos define para siempre y por siempre: el silencio vivo. Después de ese paso, el alma también se descubre permeando las circunstancias, el yo también

se encuentra en el exterior, en las mismas leyes de la naturaleza que investigamos. El físico Sir Arthur Eddington expresó este hallazgo así:

Hemos encontrado que en donde la ciencia ha progresado más y ha llegado más lejos, la mente vuelve a ganar de la naturaleza aquello que la mente puso en la naturaleza. Hemos descubierto una extraña huella en las orillas de lo desconocido. Hemos elaborado profundas teorías, una tras otra, para explicar su origen. Finalmente hemos tenido éxito en reconstruir la criatura que hizo la huella y ¡oh sorpresa!... ¡Somos nosotros mismos! **U**

Las circunstancias cambian,
los pensamientos cambian, lo que creemos ser
muere a cada instante.